

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

## INDIGNACIÓN

El lenguaje guarda una experiencia secular que, con frecuencia, no aprovechamos. Contiene, por ejemplo, un detallado y completo plano de nuestro mundo emocional. Por ello, todos somos psicólogos sin saberlo. En Francia, el éxito del libro-manifiesto de Stéphane Hessel titulado *Indignez-vous* ha puesto de moda la palabra “indignación”. Hessel es un anciano, antiguo miembro de la resistencia contra la ocupación nazi, que considera que Francia está drogada de egoísmo y llama a una insurrección cívica,

pacífica, serena y contundente. Coincido en que hay que elevar la “inteligencia comunitaria” para evitar el encanallamiento social, pero ya he tratado ese asunto con calma anteriormente. Hoy quiero hablarles de la importancia de la indignación en un momento en que una cómoda epidemia de tolerancia nos hace aceptar también lo intolerable.

En los programas que he elaborado para la Universidad de Padres, recomiendo que desde los tres años se fomenten en los niños tres sentimientos que aparecen espontáneamente a esa edad, y que abren las puertas del mundo moral: la compasión ante el dolor ajeno, el cuidado hacia todo lo valioso y la indignación. La indignación es un tipo de ira, la desencadenada por cualquier ataque a la dignidad. Como toda furia, moviliza las energías contra el agresor. Recuerdo que hace pocos años, cuando murió el abate Pierre, fundador de Los traperos de

Emaús, los elogios fúnebres insistieron en alabar la “fuerza de su indignación”, que era capaz de conmover las conciencias. La demostró en 1954, cuando irrumpió en Radio Luxemburgo y gritó: “Esta noche una mujer ha muerto congelada en el boulevard Sebastopol, apretando en su mano la orden de desahucio de su domicilio. Esto no puede volver a suceder”. Entonces llamó a una “insurrección de la bondad”, a negarse a tolerar lo intolerable.

La capacidad de movilización que tiene la furia hace que sea utilizada para fines políticos. Estos días se ha hablado mucho de ello en Estados Unidos, con motivo del atentado contra una congresista. No toda furia política es indignación. Esta tiene como

**LA IRA NO DEBE SER TOMADA SIEMPRE COMO ALGO NEGATIVO, PUEDE CONSTRUIR LAS BASES PARA UN CAMBIO**

característica esencial la justicia. Cuando no ocurre así, el diccionario nos dice que está muy cerca del rencor, que es la ira rancia, envejecida. ¡Que fantástica intuición lingüística! Los teólogos medievales, al elaborar esa asombrosa psicología de las tinieblas humanas que es la doctrina de los vicios capitales, consideraron que la ira era un pecado mortal, pero el perspicaz Tomás

de Aquino indicó que en ocasiones era necesario encolerizarse, y que sería pecado, precisamente, no hacerlo. Remitía al ejemplo de Jesús de Nazaret, que no fue ese personaje almirado del que muchos nos hablan, sino un hombre poseído con frecuencia por esa “cólera justiciera”, como demostró al echar a golpes a los mercaderes del templo, o al maldecir a los que abusaban de los niños. De hecho, una de las frases auténticas que se conservan de él dice: “Quien se acerca a mí, se acerca al fuego”.

En el origen de la obra política de Marx, tuvo mucha importancia la indignación, que era “el imperativo categórico que nos obliga a hacer desaparecer todas las relaciones que humillan, menosprecian e insultan la dignidad de los seres humanos”. Pero lo que me resulta más interesante de su postura es que relacionara este sentimiento con la capacidad crítica, que es la que nos permite separar la furia política de la indignación. Los fervores del corazón tienen que someterse al juicio crítico de la inteligencia. ■



Raúl